**Universidad Nacional del Nordeste**

**Facultad de Ciencias Exactas, Naturales y Agrimensura**

**Actividad Nº 7**

Lea atentamente el siguiente texto:

**HISTORIA DE LA LECTURA.** EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

*Puede que no haya en nuestra infancia*

*días más perfectos que aquellos […]*

*que pasábamos con nuestro libro favorito.*

MARCEL PROUST, “SOBRE LA LECTURA”. 19091

**Mirando por el retrovisor.**

Cuando intentamos analizar el cambio tecnológico y cultural que estamos viviendo, nos encontramos con un problema: el punto de vista que asumimos. Mc Luhan sostenía que la mayoría de la gente se aferra a lo que él denominaba un *punto de vista de retrovisor:*

Debido a la invisibilidad de todos los entornos durante el período de su innovación, el hombre es tan solo consciente del entorno que lo precede; por decirlo de otra forma, un entorno se hace del todo visible solo cuando lo ha reemplazado un nuevo entorno; así que siempre vamos retrasados en nuestra observación del mundo.2

Investigar la historia de la lectura permite, precisamente, hacer visible el entorno creado por la tecnología de la escritura y del libro –primero manuscrito, luego impreso-, entorno que es puesto en evidencia por efecto del desarrollo, tanto tecnológico como cultural, del nuevo entorno digital de las pantallas. Esta *dimensión ambiental* de la ecología de las pantallas se complementa con la evolución de las *especies mediáticas* –desde el libro escrito a mano hasta el *smarphone-* que permite hallar fuertes continuidades entre unas y otras, tanto en la supervivencia de las interfaces de lectura como en las prácticas que llevaron adelante los lectores/usuarios.

Debido a ello, elegiremos el punto de vista de un *paleontólogo de la lectura,* que buscará en el pasado evidencias prácticas sociales que dieron forma, en distintos momentos de la historia, a los modos de leer. Modos que están directamente relacionados con los dispositivos en los que esta tiene lugar. Por ejemplo, según Jesper Svenbro, en su artículo incluido en *Historia de la lectura en el mundo occidental,* libro editado por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier en 2001, los griegos utilizaban verbos diferentes para designar distintos tipos de lectura, como “desenrollar” (*anelíssein*) el libro –antiguamente en formato rollo-, o bien “recorrer” (*deixiénai*) el texto con la vista.

El paso del rollo al códice o *codex* (el libro en páginas cosidas en cuadernillos), que se produjo gradualmente a partir del siglo II de la era cristiana para consolidarse definitivamente al inicio del siglo V, significó a la vez un cambio de medio y de ambiente de lectura. A diferencia del rollo, que era incómodo para leer, el códice, de menor tamaño, permitió una lectura más libre de movimientos. Además, se podía guardar mucho más material en un mismo sitio, podía separarse, reunirse y reestructurarse a voluntad y, por último, en el códice era posible un acceso no lineal al material. En cuanto a la presentación del texto, mientras que el rollo, daba la sucesión de las columnas, promovía un aspecto panorámico de la lectura porque se pasaba de una a otra inmediatamente y sin interrupción, el códice impidió una visión continua del conjunto e inauguró la acción de pasar página. Finalmente, el códice era más cómodo para leer, porque –a diferencia del rollo- dejaba una mano libre para realizar anotaciones, función que tendría consecuencias fundamentales en el devenir de las prácticas de lectura, ya que por primera vez los lectores podían escribir en el mismo libro que estaban leyendo.

**Delos manuscritos medievales a la escritura colaborativa.**

Analizar la lectura hoy implica entenderla no solamente como un acto de recepción o decodificación de signos escritos sobre un soporte, sino también concebirla como un acto de escritura o de *lectura-escritura*, similar al período previo a la imprenta de Gutenberg, en el cual los copistas

libros manuscritos no se limitaban a reproducirlos fielmente, sino que les agregaban sus propias producciones. Un caso singular lo representaban las obras teatrales previas a la imprenta, en las cuales se aceptaba la colaboración y la existencia de múltiples versiones diferentes cuando se trataba de llevar a la página lo que sucedía en el escenario. En cambio, la cultura tipográfica le otorgó al autor el papel de exclusivo creador de su obra. En otras palabras, la imprenta creó las figuras de un autor único y de una obra cerrada, definitiva. Esto ha cambiado drásticamente a partir del desarrollo del texto electrónico, ya que al igual que sucedía con los manuscritos medievales, es difícil separar los aportes individuales de quienes intervienen en el texto.

Son muchos los autores que hablan de un regreso a la cultura oral y manuscrita, en virtud del desarrollo de las tecnologías digitales. Pero una de las tesis más interesantes para describir este fenómeno es la del Paréntesis de Gutenberg: prácticas tales como el *remix* o remezcla, plataformas colaborativas como Wikipedia o la computación en la nube, prácticas de financiamiento colectivo (*crowkfunding*) o estrategias como el *crowdsourcing,* en las que los medios periodísticos apelan a la participación de sus lectores para procesar grandes volúmenes de información; todas ellas son expresiones que evidencian la existencia de una cultura participativa que ha explotado en los últimos años, llevando al límites insospechados las promesas democratizadoras del hipertexto. Lo que en la actualidad es visto como piratería o un ataque a los derechos del *copyright*, antes del libre impreso era moneda corriente: en este sentido, Piscitelli cita, en *El paréntesis de Gutenberg* (2011), el caso de *Macbeth,* de Shakespeare, que fue presentada como obra de teatro en 1606 y no fue fijada en versión escrita hasta 1623. En este lapso temporal, cada *performance* de la obra era una nueva interpretación en la que se hacía difícil distinguir al autor del *performer.*

**De los formatos de libros a la multiplicación de pantallas.**

Como venimos diciendo, la naturaleza del dispositivo de lectura condiciona en gran medida el modo en el que se presenta y consume el contenido. ¿Qué ocurriría si apareciera en un objeto nuevo, en un tipo de libro cuya forma y tamaño han cambiado? Harold Innis decía en 1951 que algunos medios –como la roca o el mármol- son pesados y durables, lo cual asegura la preservación de la información por largos períodos, y a la vez son susceptibles de un mayor control de arriba hacia abajo sobre la información. En cambio, otros medios –como el papiro, con el que se hicieron los primeros libros- son livianos y fácilmente transportables, lo que permite una distribución rápida y fácil a través de un área geográficamente dispersa y con un bajo costo, que habilita a su vez una comunicación más descentralizada. Innis sostenía que la tensión entre durabilidad y movilidad –entre el mármol y el papiro- ha determinado qué clases de información ganaron visibilidad y cuáles han sido preservadas para las generaciones siguientes. Un buen ejemplo del primer tipo lo aporta Manguel en *Una historia de la lectura:* los libros monumentales como el código legal asirio, encontrado en Assur en un monolito de 6,20 metros cuadrados y cuyo texto está escrito en ambos lados en columnas. La autoridad de las leyes estaba embebida en este tipo de libros monumentales […]

La diferenciación de tamaños y la tendencia a la creciente portabilidad y miniaturización de los formatos también se dio en el caso de las computadoras, las cuales evolucionaron del siguiente modo: *desktop* (sobre el escritorio), *laptop* (sobre el regazo), *pocket* (en el bolsillo), *palm o hand-held* (en la mano) y *wearable* (integrados a la vestimenta). La computadora *desktop* conectada a Internet, ubicada en un lugar fijo y central en el hogar, generaba dinámicas particulares en la gestión del tiempo, en el control sobres su uso y en los roles familiares. Muy distinto es el panorama con las pantallas de los dispositivos móviles, que promueven un uso individual y esquivo frente a los controles de los otros miembros de la familia. Teniendo en cuenta este panorama, no hace falta explicar mucho para poder afirmar que, en la actualidad, esta asociación entre tamaño, género y función de los textos vuelve a aparecer en el ecosistema de las pantallas: ¿acaso no usamos el *smartphone,* la *tablet,* la *notbook* o la PC de escritorio para consumir y producir textos diferentes, en distintas situaciones y con fines diversos? Como sucedió en el pasado con los formatos del libro, las diversas pantallas aparecen asociadas con un tipo de texto, un uso particular y un contexto de utilización que le da sentido al acto de lectura.

**De la lectura extensiva a Internet.**

Así como la primera *revolución de la lectura* de la Edad Moderna fue el paso de la lectura oralizada a la silenciosa, Cavallo y Chartier sostienen que la segunda revolución tiene que ver con la transición de la lectura “intensiva” a la “extensiva”, que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XVIII, en la corriente conocida como Escolástica. Mientras el lector intensivo leía un número limitado de libros una y otra vez al punto de memorizarlos- principalmente textos religiosos- y mantenía una relación de reverencia con lo que leía, el lector extensivo leía numerosos libros con rapidez y avidez, dando pie a una lectura desenvuelta e irreverente. La imprenta, que significó no tanto un cambio en el formato del libro sino el modo de producción, dado que permitió una mayor circulación de los textos, hizo que los libros se transformaran en objetos de uso común que se leían y luego se dejaban de lado […]

Internet promueve un tipo de lectura “extensiva” que conlleva a un consumo superficial y fragmentado de los textos en pantalla. Si esto sucedía antes con la pantalla de la computadora de escritorio, lo mismo podemos decir de las múltiples pantallas que conforman el actual ecosistema de medios. Dicho de otro modo, la lectura extensiva no fue creada por Internet ni por las pantallas: ese espíritu de lectura superficial, irreverente y fragmentado se remonta por lo menos a la Edad Media. Resulta, cuando menos, sorprendente encontrar en la actualidad manifestaciones de tono nostálgico, que añoran esa relación “uno a uno” con el libro como el único modo de vincularse con los textos, descalificando o menospreciando otros tipos de lectura que no consideren al libro como un objeto al que se debe rendir culto.

Hasta aquí hemos utilizado los adjetivos “extensiva” y “superficial” como sinónimos. Sin embargo, no hay que confundir lectura *extensiva* con lectura *superficial*. Se trata, en definitiva, de distintas estrategias de lectura frente a la multiplicación de los textos, cuestión que se hace más crítica con el desarrollo de Internet. La lectura extensiva, que consiste en leer varios textos a la vez a la manera de los lectores medievales, o la lectura superficial, que realizamos buscando palabras claves o referencias paratextuales para tener un panorama rápido del texto, son cada vez más necesarias en el contexto actual de la superabundancia de información.

**De la lectura intersticial: de los minilibros al *Smartphone.***

La historia de la lectura no se puede comprender del todo si no se tienen en cuenta las tecnologías que se desarrollaron a la par de los libros. Estas otras tecnologías forman parte del ambiente que rodea el dispositivo de lectura. Un ejemplo claro es el ferrocarril. En 1846, W.H. Smith & Son abrió el primer quiosco para usuarios de trenes en la estación Euston, de Londres, y pronto comenzaron a ofrecer colecciones dedicadas exclusivamente a los viajeros. Se trataba de pequeños libros (“minilibros”) de 64 páginas, pensados para los que viajan en tren de su casa al trabajo, de tal modo que se podían terminar de leer durante el trayecto. Nace así un matrimonio perfecto entre los libros y los viajes.

Siguiendo a Lyons, esta práctica cotidiana en los desplazamientos fue identificada como *lectura intersticial*  por Jeanette Gilfedder durante la década de 1990. En los últimos años se ha generalizado hacia los espacios de tiempo que dejan libres las intensas jornadas laborales en las grandes ciudades, las esperas en los consultorios o en los aeropuertos, o en los pequeños espacios de tiempo libre en el hogar, en el trabajo y en la vida social. Estas pequeñas píldoras de consumo intersticial, definidas como “burbujas de ocio” por Roberto Igarza, ahora se dan en la pantalla convergente y nómada del teléfono móvil, a través de la lectura, la participación en las redes sociales, la escucha de música, la navegación en Internet, los videojuegos o el consumo audiovisual.

**La lectura ubicua: de la novela a la pantalla móvil.**

Lectura concentrada, intensiva, en intimidad, lectura fugaz, superficial o extensiva; todas ellas pueden tener lugar en distintos momentos y lugares. En la actualidad, nos encontramos ante cambios significativos en relación con los formatos textuales, los lugares y momentos de lectura, así como también en los géneros y los modos de lectura que habilitan todos estos aspectos. Así como la imprenta promovió un ambiente de lectura ubicua en el que la novela ocupó un lugar preponderante, hoy las pantallas móviles extienden esa ubicuidad: multiplicando los géneros, formatos y modos de lectura –con especial presencia de la *lectura intersticial*.

Esta condición de movilidad y ubicuidad del chat hace a la naturaleza de los textos que se comparten. Incluso, algunos autores hablan de “escritura móvil” o “danzante”, denominando así a la que tiene lugar mientras caminamos con el dispositivo por el espacio público. Ahora, a diferencia de la novela, que invita por su propia naturaleza a un tipo de lectura concentrada e inmersiva que implica olvidarse del entorno, la pantalla móvil invita a un tipo de lectura y conversación *conectiva*, que se alimenta de ese entorno y el contacto con los otros, integrándolo a sus contenidos como textos que se intercambian y dando cuenta del “aquí y ahora” donde tiene lugar la lectura. Si antes en las salas de chat, donde nos conectábamos desde nuestras computadoras de escritorio, la pregunta inicial era “¿Estás ahí?”, asociando el *estar* con el *estar conectado* a esa computadora en particular – en el hogar, en el trabajo o en el cibercafé-, ahora la pregunta es “¿Dónde estás?”, asumiendo que al teléfono lo llevamos con nosotros a todo lugar donde vayamos […]

Finalmente, otro aspecto a destacar sobre la relación entre el nuevo ecosistema de pantallas comparado con el viejo ecosistema de los libros impresos es la supuesta “fiebre lectora” que, aparentemente, afecta a los lectores sin que estos puedan evitarlo. Carr afirma que “cuando estamos *online*, a menudo nos mostramos ajenos a todo cuanto acontece a nuestro derredor”. Ahora bien, queda soslayado en este tipo de relación la calificada como de “dependencia” o “abuso” es la naturaleza del texto digital: esto es, si la novela provocaba una lectura inmersiva y en serie –meterse de lleno en el mundo de ficción genera una sensación de involucramiento que necesitamos mitigar leyendo otro libro que produzca lo mismo-, la pantalla móvil provoca una lectura continuada a partir de la interacciones del chat. Esta sobrestimulación, que ya tenía lugar con los libros impresos, se amplifica ahora con la multiplicidad de funciones y demandas de la pantalla móvil a través de las diversas notificaciones (correos, informaciones, etcétera). Y si el grado de involucramiento afectivo que provocaba la novela tenía que ver con los mecanismo psicológicos que despertaba en los lectores, como la identificación con los personajes o la proyección de emociones sobre ellos, con el teléfono móvil la implicación emocional tiene que ver con las conversaciones que establecemos con otras personas, los intercambios de textos, emoticones y mensajes de voz que nos retrotraen a la época tribal en la cual el otro estaba presente frente a nosotros. Ahora, mediados por las pantallas, el frío texto se complementa con la conversación, las imágenes y las voces de los otros a través de las redes sociales. Y, a diferencia de la novela, los personajes no son creados por el autor, sino que somos nosotros mismos; y si antes se podía abandonar el mundo ficcional cuando se cerraba el libro, ahora este nos acompaña en todo momento y lugar.

-Albarello, Francisco (2019). ***Lectura transmedia.*** *Leer, escribir, conversar en el ecosistema de pantallas.* Bs. As. Ampersand. Cap. II pp. 37-54-

1. Leer atentamente el texto anterior.
2. Explicar brevemente el significado de las expresiones subrayadas en el texto.
3. Enumerar los tipos de lectura que aparecen mencionados en el texto. Describir brevemente cada uno, armando breves definiciones.
4. Determinar el género discursivo al que pertenece el texto.
5. Identificar la secuencia predominante: narrativa, descriptiva, argumentativa. Señalarlas al margen del texto.
6. Responder: ¿cuál es la finalidad que a su criterio busca el texto? ¿A partir de qué recursos busca lograr su propósito? Señalar en el texto los ejemplos que identifique.
7. A partir de los enunciados, ¿podríamos inferir la postura del enunciador acerca del tema abordado? Explicitar cuál sería dicho posicionamiento.